

1 de marzo de 2024 - Viernes de la 2ª semana de Cuaresma

[Gen 37, 3-4. 12-13. 17-28; Mateo 21:33-43. 45-46](#)

Homilía

Las dos lecturas de esta misa hablan de violencia. En la lectura del Antiguo Testamento, once de los doce patriarcas de Israel cometen violencia contra su hermano. En su parábola, Jesús habla de la violencia ejercida contra él por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. En ambos casos, Dios pudo sacar la salvación del pecado del hombre.

A Jesús no le interesa castigar a los autores de la violencia. Simplemente está interesado en la fecundidad de su iglesia. Cuando, después de contar la parábola, hace la pregunta: "Cuando venga el dueño de la viña, ¿qué hará con estos viticultores?" Sus oyentes responden: "Hará miserables estragos en estos desgraciados. Alquilará el viñedo a otros viticultores que se lo cederán a su debido tiempo." En su reacción a su respuesta, Jesús sólo se acuerda de la segunda parte de la respuesta: "Alquilará la viña a otros viticultores que le darán el producto a su debido tiempo". A Jesús no le interesa el castigo y menos aún la venganza.

No se trata aquí de que el Reino sea quitado a los judíos como un castigo para ser dado a los gentiles, como una lectura superficial podría hacernos pensar. De hecho, la Casa de Dios es y sigue siendo el pueblo elegido, al que se añaden las naciones. Esta parábola trata en realidad de los pastores; y, por supuesto, hay aquí una severa lección para cualquiera que ministre en la Iglesia. Todo ministerio está al servicio del Pueblo y nunca debe utilizarse para la gratificación personal.

Pero lo que más aparece en esta parábola es la necesidad de dar fruto. Hay cinco menciones a la fruta. Y esto debe ser una preocupación para todos nosotros y para cada uno de nosotros. No hemos recibido el mensaje del Evangelio simplemente para nuestra satisfacción personal o incluso para nuestra salvación personal. La recibimos para que dé frutos, frutos de rectitud y justicia. Todos juntos somos la Iglesia; y la Iglesia no existe para sí misma, sino para el mundo. Preguntémonos, en nuestro corazón, si nuestro modo de vivir el Evangelio contribuye realmente a establecer un mundo donde haya menos violencia y más justicia y amor.

Armand Veilleux